

CESAR VALLEJO Y LOS VIAJES

Estuardo Núñez

I

Ya desde sus años de adolescencia las circunstancias determinan que Vallejo deba apartarse de su ciudad natal para la prosecución de sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de San Nicolás de Huamachuco, entre los trece y diecisiete años de su edad (1905 a 1909). En esa temprana fecha pudo ser una severa experiencia el alejamiento de los suyos, de su ambiente familiar, al que siempre estuvo tan entrañablemente unido. Luego siguen, en búsqueda de empleo y otras perspectivas de vida, estadas en Trujillo, en Lima y en Huánuco, hasta que en 1913 se matricula en la Universidad de La Libertad. Esas primeras experiencias viajeras habrían de permitirle el conocimiento de su país, la captación de la vida del campesino y del minero, tanto como la del hombre de ciudad provinciano, contrastante con la del habitante capitalino.

Entre 1913 y 1917 se desenvuelve su vida en Trujillo, desempeñando el empleo de maestro al mismo tiempo que seguía estudios universitarios de Letras y Derecho. Se manifiesta entonces en forma coherente, al contacto del grupo intelectual que guía Antenor Orrego, su vocación literaria reconocida por los más avisados componentes de una nueva generación. Sus primeras producciones son acogidas en periódicos de la región.

A fines de 1917, Vallejo emprende el primer viaje que hace como adulto a Lima —en barco, de Salaverry al Callao— donde ya lo esperan algunos admiradores y asoma la posibilidad de editar su primer poemario. Lleva consigo los originales de *Los heraldos negros*, libro que aparecerá fechado en 1918 pero difundido en 1919. Es este el viaje inducido por la esperanza de lograr el reconocimiento nacional de su obra. Ese primer libro de poesía es recibido con relativo buen éxito de crítica. Pero ha significado un fuerte desembolso para la magra economía del autor acosado por dificultades materiales.

En abril de 1920, a los pocos meses de la muerte de su madre en Santiago de Chuco, Vallejo emprende desde Lima viaje de retorno a esa ciudad, vía Trujillo. Se produce un tierno encuentro con sus familiares, con quienes participa en evocar la figura materna. Fueron al comienzo días placenteros, al contacto con

parientes, con los amigos, con el paisaje y las evocaciones de la infancia. Todo ese cuadro idílico se iba a trocar de inmediato en angustia y tragedia.

Acusado de supuesta instigación y participación en la asonada que produjo el incendio de un establecimiento comercial, consecuencia de la violenta oposición de dos facciones de lugareños, Vallejo se refugia en Huamachuco primero y luego en Trujillo y después de dos meses de persecución, resulta reo de la justicia y apresado en cárcel.

Entre su ocultamiento y la prisión transcurrieron siete meses (agosto de 1920 a febrero de 1921), meses de angustia y melancolía traducidos en una nutrida colección de escritos que constituirán su segundo poemario: *Trilce* y el libro de relatos *Escalas Melografiadas*. Liberado judicialmente, aunque no absuelto, emprende en abril de 1921 un nuevo viaje a Lima, esta vez el definitivo, dejando todo lo suyo en Santiago y Trujillo, a donde ya no habría de volver más.

Es el viaje de la desesperanza. Su alma lacerada no esperaba ya nada del Perú ni de Trujillo con la imagen indeleble de la cárcel, ni de Lima donde su libro *Trilce* resultó incomprensible e incomprendido para unos y objeto de burlas para otros. Muy pocas voces entendieron entonces sus mensajes de un alma torturada. Con todo, mejor acogida tuvieron sus relatos de *Escalas* (1923) que sus versos definitivos de *Trilce* (1922).

Salvo las voces alentadoras de algunos amigos —y el prólogo clarividente de Orrego— el segundo libro de sus poemas no mereció sino algunas notas breves de acuse de recepción, sin ninguna resonancia. Seguramente a Vallejo le dolía más la indiferencia que el comentario adverso o la apostilla burlesca de Clemente Palma. Eran los días de la apoteosis de la poesía de José Santos Chocano, vuelto al Perú después de larga ausencia. Las gentes creían descubrir en este al arquetipo de la creación poética, tan distante del nuevo estilo y modalidad que inauguraba Vallejo en la poesía nueva dentro del Perú y el mundo de habla hispana.

En consecuencia, el desaliento trocóse en la voluntad de dejar el Perú e irrumpir en el ambiente vislumbrado de las nuevas tendencias de la vanguardia literaria europea. Así organizó y realizó otro viaje definitivo: el que lo llevaría al Viejo Mundo, a países lejanos en los cuales ponía su esperanza y su fe.

Se embarca para Europa el 17 de junio de 1923 y llega a París el 14 de julio, día de la fiesta nacional de Francia. Así comienza su autoexilio de tres lustros en Europa, que habría de prolongarse hasta abril de 1938, fecha de su muerte.

II

Al llegar a París, Vallejo “ignora el francés, carece de medios de subsistencia y de relaciones”, dice su esposa Georgette (en *Apuntes biográficos*, Lima, 1968, p.7). Lo tortura la miseria, lo angustia la incertidumbre que rodea su vida en los primeros meses. Lo acosa el hambre, lo agobia grave enfermedad y llega a ser intervenido quirúrgicamente en la “Charité”. A las dificultades materiales que en 80

parte se van superando, se suman en esos años de 1923 a 1925, sus problemas de salud, a más de angustias y preocupaciones. Clama insistentemente por obtener medios de subsistencia y consigue finalmente con ayuda de Pablo Abril, una beca en España que gracias a la tolerancia de la burocracia española, ha de permitirle seguir viviendo en Francia.

La beca la exige empero su presencia física en Madrid por lo menos para cobrar los subsidios. Así se generan viajes breves a España en las siguientes fechas: noviembre de 1925, julio de 1926, marzo de 1927 y junio de 1927. En esta primera etapa de su experiencia española alcanza a escribir algunas impresiones sobre el camino de Irún a Madrid, sobre la capital, sobre Toledo. Pero no encuentra ambiente espiritual para vivir. Son los años de Primo de Rivera y de un régimen monárquico decadente y represivo.

Después de una grave crisis de salud y de inquietudes espirituales experimentadas en el primer semestre de 1928, Vallejo piensa seriamente en viajar a Rusia. Lo decide la circunstancia de que el Gobierno del Perú le ha enviado el dinero necesario para regresar a la patria. Vallejo renuncia a su deseo —más ideal que positivo— de regresar al Perú y emplea el dinero en el ahnelado viaje a Rusia. España y Rusia han estado siempre en su mira espiritual. En esos países ha puesto su esperanza.

En 1925 alcanza a escribir en una crónica publicada en Lima:

“me han dicho que sólo España y Rusia, entre todos los países europeos, conservan su pureza primitiva, la pureza de gesta de América”. (“Entre España y Francia”, en *Mundial*, Lima, No. 240, 1o. de enero de 1926).

Como en España no encuentra ambiente propicio, ahora ha proyectado el viaje a Rusia, lo cual logra en el otoño de 1928. Está desesperado en París y así escribe:

“En París no haré nunca nada, quizás en Rusia halle mi camino y me defienda mejor del porvenir”.

Habla enseguida de su proyecto —su ideal— de “quedarse definitivamente” (en Rusia).

Pero ocurre que ese primer viaje a Rusia, iniciado el 19 de octubre de 1928, se convirtió sólo en una breve visita pues regresa a fines de noviembre del mismo año. En pocas semanas visitó Moscú e hizo escalas en Budapest y Berlín.

Queda siempre, en torno a este primer viaje a Rusia, el interrogante de su insólita brevedad: ¿falta de medios económicos?, ¿sólo dificultades del idioma?, ¿desilusión acerca de ciertas realizaciones sociales?, ¿desadaptación?. Al respecto, escribe de inmediato a Pablo Abril el 29. 10. 1928:

“No creo que podré quedarme en Moscú. Lo del idioma es terrible. . . Lo del Soviet es una cosa formidable. Más todavía: milagrosa.”

Georgette apunta que Vallejo “queda indeleblemente marcado por su primer

contacto con la realidad soviética” (Georgette de Vallejo, *Apuntes*, Lima, 1959, p. 13).

Un año más tarde se presentará nuevamente la posibilidad de un segundo viaje a la Unión Soviética. Esta vez puede disponer del dinero que ha obtenido Georgette por la venta de sus bienes.

Decía Vallejo en carta a Pablo Abril de 18.9.29:

“Hoy parto para Berlín por unos 15 días. A mi vuelta le diré y le contaré largamente el objeto de mi viaje”.

El 27 de setiembre todavía se encontraba en Berlín. De esos días quedan hasta tres fotografías en que aparece Vallejo en distintos lugares de la capital alemana (en la puerta de Brandenburgo, en Potsdam, etc.). Al parecer, Vallejo trataba de disfrazar un nuevo viaje a Rusia, que se prolongó hasta noviembre y que abarcó Berlín, Leningrado, Moscú, Varsovia, Praga, Colonia, Viena, Budapest, Venecia, Florencia, Roma, Pisa, Génova y Niza. Se encontraba de regreso en París, a fines de noviembre de 1929.

Sin duda la razón por la cual ocultó a su amigo Pablo Abril que se dirigía nuevamente a Rusia, diciéndole que sólo viajaba a Berlín y por unos quince días, estuvo en el temor de excitar el celo de las autoridades políticas francesas que lo sindicaban como simpatizante o militante comunista, en busca de la coyuntura para expulsarlo del país, como en efecto sucedió meses más tarde, a fines de 1930.

Este segundo viaje, más detenido, le dará la oportunidad de recoger la nutrida documentación, la información y las observaciones que muestra en sus dos libros sobre Rusia (*Rusia en 1931*, Madrid, Edit. Ulises, 1931) y *Rusia ante el segundo plan quinquenal* (que permaneció inédito hasta 1965).

En octubre de 1931, estando en Madrid, Vallejo recibe invitación oficial para concurrir a un encuentro de escritores rusos en Moscú. Esta vez la visita es más corta en tiempo no obstante que especialmente incluye una extensa gira para observar las grandes realizaciones técnicas e industriales de la URSS. El periplo es agotador: Moscú, Kiev, Kharkov, Dniepropetrovsk, Rostov, Tiflis, Elista, Volgograd, Voronesk, Moscú. Regresa directamente a Madrid.

César Vallejo ofreció al mundo español e hispanoamericano uno de los primeros testimonios críticos acerca de la situación y realidad del país soviético, o sea la imagen de la nueva Rusia. No se había producido hasta ese momento ningún testimonio semejante, salvo algunas traducciones del francés. En esto, como en su poesía, Vallejo resultó un adelantado, que rompe barreras de indiferencia o que resume rebeldías inusitadas en el ambiente europeo o estrictamente peninsular.

Vallejo realizó lo que en Mariátegui y en César Falcón fue sólo un proyecto: el viaje a Rusia, la comprobación de la realidad soviética a los diez años de la Revolución. Las experiencias de tres viajes —en 1928, 1929 y 1931— se vuelcan en esos dos libros, cuyo material procedía de crónicas periodísticas después estruc-

turadas en esos volúmenes. Aunque estos libros no fueron la obra capital de Vallejo —constituida sobre todo por su poesía trascendental—, sin embargo, pueden considerarse documentos muy importantes para integrar la imagen que del mundo socialista se han formado los hispano-parlantes, desde 1931 en adelante. Con esos dos libros, Vallejo supera el mero reportaje técnico o presentativo. Vallejo inicia —casi podríamos decir *en* y *para* Occidente— el reportaje interpretativo y crítico de la realidad social rusa que otros escritores europeos han complementado sólo posteriormente. Elude la sentimentalidad y el subjetivismo y propende a la versión, si no objetiva, muy difícil de realizar en el plano que él se colocaba, por lo menos concreta y veráz. Según sus propias palabras, la imagen de Rusia era allí interpretada “objetiva y racionalmente y desde cierto plano técnico”. Ensayaba la presentación de hechos vistos y vividos, para descubrirles, en lo posible, su “perspectiva histórica”. Calificaba su esfuerzo como una tarea “de ensayo y de vulgarización”. No era, sin duda, una obra de estricta literatura sino de periodismo culto, un poco a la manera como ya lo estaban intentando desde tierras europeas y luego desde América José Carlos Mariátegui y César Falcón, con la diferencia de que a Mariátegui le faltó el contacto directo con la tierra rusa, pero en cambio ofrecía un enfoque de gran fuerza dialéctica, y con gran nitidez, y a Falcón lo ganó “el diarismo”, el comentario de lo fugaz.

En su primer libro de 1931, Vallejo relata su aproximación personal a escritores rusos de la época, con quienes dialoga y a quienes penetra en su pensamiento y concepción del mundo socialista. Alcanza a conocer muy de cerca al gran poeta Vladimir Maiakowsky (1894-1930), al novelista Nicolás Fadeiev (1901), al crítico David Vigodsky, y a los escritores Sadovief y Kolvasief, en cuya casa asiste a una tertulia literaria.

Pero en su segundo libro, *Rusia ante el segundo plan quinquenal* (Lima, Editorial Labor, 1965), ya no busca a los grandes creadores, o a los individuos destacados, sino al hombre común, al trabajador, al individuo de la masa, pues el autor ha sido captado, con apasionamiento, por la ideología de la socialización. De tal suerte, su libro ya no constituye un mero testimonio sino un documento de parte, en el cual se advierte la actitud del hombre de doctrina. Ya no escribirá, después de ese momento, esas crónicas ágiles sobre acontecimientos fugaces de la vida artística o cultural o sobre hechos banales de la política europea que advertimos en sus artículos de *Mundial* y *Variedades* (de Lima) entre 1924 y 1928 y en algunos de *El Comercio* entre 1929 y 1930. El ejemplo de José Carlos Mariátegui centrado en artículos, ensayos y libros sobre problemas sociales del mundo y del Perú, y director de una revista de gran vuelo como *Amauta*, hubo sin duda de influir en Vallejo y de afirmarlo en una línea de pensamiento coherente y de indudable rigor ideológico.

III

Hubo en el derrotero biográfico de Vallejo otro viaje no programado y que no dejó casi ninguna huella en él: el de Bélgica (Bruselas) en enero de 1937. Y

también otros proyectos de evasión de su residencia parisina, tan llena de alti-bajos y sinsabores.

Hacia el Perú elaboraba planes de viaje una y otra vez sustituidos con razones poco convincentes. En 1930, en carta a Pablo Abril (26.3.30) confiesa:

“A veces pienso volver al Perú, como el único sitio donde podré disfrutar de una calma relativa, para trabajar. Siete años en Europa y no he hecho nada. Es horrible, querido Pablo. No puede imaginarse lo contrariado que me pongo, al pensar en todo esto”.

Pero lo más sorprendente es un proyecto —un tanto ideal— de viajar a los Estados Unidos. En su epistolario de 1927 (antes de su viaje a Rusia) existen hasta dos referencias sobre esta materia. Así dice:

“Si lo de mi novela (“Hacia el reino de los shiris”) me resulta, puede ser que yo me vaya a Nueva York, a liquidar mi vida de un solo golpe. Estoy ya cansado” (24.7.27).

Más adelante (12.9.27) agrega:

“He compulsado todo. Usted sabe que he sufrido ya bastante para entrar en precipitaciones. . . Y después ya veremos lo que hago cuando reciba el pasaje del Perú (para regresar allí): me voy a Nueva York o me quedo en París”.

La decisión que tomó una vez recibido el dinero para el viaje de regreso al Perú, no fue el viaje a los Estados Unidos sino el viaje a Rusia y la subsiguiente permanencia en París hasta que se lo impidieron (en 1930) las autoridades francesas, y tuvo que exiliarse en España.

Entre 1929 y 1934 vuelve a ser frecuente el deseo, expresado verbalmente y en su epistolario, de volver al Perú, según el testimonio de Juan Larrea (*Aula Vallejo*, 11-12-13, pp. 337 y siguientes).

Pero debemos detenernos todavía en su intensa experiencia española.

Estuvo primero en Salamanca entre abril y mayo de 1930, parece que en misión política. Eran los meses previos al estallido de la revolución que derrocó a la monarquía. Pero todavía regresa a París en junio de 1930.

Mas a fines de 1930, Vallejo es expulsado de Francia por sus actividades políticas. Entonces se dirige a España, por sexta vez. Se trata de un verdadero exilio que se prolonga durante todo 1931 hasta comienzos (marzo) de 1932. Asiste a la proclamación de la República española en abril de 1931. En Madrid y en 1930 escribe su primer libro sobre Rusia, que alcanza gran suceso editorial. Asimismo aparece en ese año la segunda edición de *Trilce*, con prólogo consagratorio de José Bergamín y salutación de Gerardo Diego. Pero son rechazados otros textos como los del segundo libro sobre Rusia (que queda inédito) lo mismo que un libro de ensayos. El año siguiente se edita en Madrid su novela *El Tungsteno*, colabora en diversas revistas y periódicos literarios y políticos, y escribe obras de teatro que no logra hacer representar.

Confiesa Vallejo a Juan Larrea:

“Comparto mi vida entre la inquietud política y social y mi inquietud introspectiva y personal y mía para adentro”.

En 29 de enero de 1932, escribe al mismo Larrea desde Madrid (*Aula Vallejo*, Nos. 5-7, p. 372):

“Madrid es insoportable para vivir aquí. Estando de paso, pasa y hasta es encantador. Pero para hacer algo y para vivir, no se vive ni se hace nada”.

Y lo dice después de haber residido allí por “más de un año”.

En febrero de 1932 Vallejo regresa clandestinamente a Francia, burlando el control de fronteras. Lo ha decidido a ese acto su descontento en Madrid y su discrepancia con el curso de la situación política confusa.

Gestiones de amigos logran arreglar su condición de extranjero cuestionado en Francia y obtiene de nuevo el permiso de residencia. Así permanece en Francia entre 1932 y 1936. En julio de 1936 estalla la Guerra Civil en España. La preocupación de Vallejo por este acontecer llega a límites de gran intensidad. Su identificación con la causa del pueblo español y su repudio del fascismo entronizado en España es total.

En julio de 1937 —último y séptimo viaje a España— asiste por breves días al Congreso Antifascista de Valencia. Regresa a París para el acto de clausura el día 17. La causa del pueblo español la ha hecho suya. En España, “el poeta saluda al sufrimiento armado”. Sus últimos poemas, en especial los del libro *España aparta de mí este cáliz* están dedicados a esa causa de libertad, de esperanza y de fe democrática y humana. Esa última experiencia viajera por la misma España, en momentos de gran tensión política y social, caracteriza el clímax de su ciclo creativo.

(Vallejo) “vio en París la capital del dolor y del sufrimiento: la ampliación de sí mismo. Conoció y descubrió algo que está más allá de lo paramental de la belleza urbana: se adentró tanto en el hombre, en su necesidad y en su esperanza que poseyó para siempre el color y el aire de la tremenda cosmópolis”, ha dicho Xavier Abril. (*Vallejo*, Ediciones Front, Buenos Aires, 1958, p. 243).

Hay un verso suyo que resume su experiencia de París, que no es la banal vivencia de tanta bohemia desgredada y estéril:

. . . *pase la eternidad bajo los puentes*. . . (P.H. / 1939, p. 59)

Pero la experiencia española es aún más hondamente significativa. A su lado surgen poemas penetrados de una vivencia profunda. Si en Francia descubrió el sentido de lo eterno y universal, en España vivió la angustiada exaltación frente a la impotencia del individuo pugnando por conjurar la destrucción y la muerte del hombre y la frustración de su destino. Frente al caos y la guerra fratricida, Vallejo dejó oír en *España, aparta de mí este cáliz*, su lamento agónico:

“El mundo exclama: ¡Cosas de españoles! Y es verdad. / Consideremos, / durante una balanza a quemarropa, / a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto, / o a Cervantes diciendo:

“Mi reino es de este mundo, pero / también del otro”; ¡punta y filo en dos papeles! / . . .”

Abarcando toda España desintegrada y dolorosa, Vallejo se esforzó por ofrecernos poéticamente lo que él llamó la “imagen española de la muerte”. De ese holocausto por él presenciado, extrajo la mejor esencia de España y sus hombres. Vallejo, que al decir de un poeta español había vertido al lenguaje hispánico “el extracto planetario de la cordillera andina, sus derrumbes, angosturas y pedregosidades, sus arideces y altas tensiones, sus libertades sísmicas, sus oasis de infinita ternura, y sobre todo, esa su vertical soledad suspendida como una plomada de hilo de luz delgado y pleno que pone allí al sentido en comunicación con el foco creador más puro”, Vallejo, digo, nos ha ofrecido la imagen más cabal de España. Cuanto se había dicho de España en la literatura peruana del siglo XIX, conformó una imagen gozosa, superficial, externa, un tanto convencional, centrada por lo general, en el cuadro andaluz de danza gitana y música de pandereta. Esto lo vemos clara y sonoramente expresado desde Vidaurre y Juan de Arona hasta el Chocano de *Alma América*. En el siglo presente, la crónica y el ensayo inciden en otros valores más fundamentales y característicos. Vallejo avanza a brindarnos, en su propia agonía, la España trágica y en medio de ella, y ejemplificando en su habitante de Extremadura, de Málaga y Bilbao, la España raigal, profunda, universal.

Podría decirse que esta versión suya contiene la más lacerante experiencia vital pasada en un sector del mundo y que se haya dado alguna vez en la literatura peruana.

El viaje tiene en la vida y obra de César Vallejo una especial significación. El viaje estuvo siempre unido a sus inquietudes, a sus angustias, a su destino de escritor. La tortura interior, su dolor espiritual perenne, su angustia existencial no le permitió mantenerse conforme en el espacio terreno.

En pocos escritores se puede observar un proceso semejante. En otra gran figura de la poesía peruana, en José María Eguren, sucedió un contrastante acontecer. Eguren nunca viajó, apenas se desplazó en su niñez, y por determinación paterna, a las haciendas Chuquitanta y Pro, a pocos kilómetros al norte de Lima y luego, en la adultez, no se aleja más allá de un entonces balneario (hoy zona residencial de la misma ciudad), Barranco, donde transcurren los años de su madurez. Caso singular el de Eguren y también, a la inversa, el de Vallejo. Este anduvo siempre en pos de un horizonte nuevo en donde fincaba una esperanza de felicidad y realización cabal nunca alcanzada. Estuvo siempre en la búsqueda de algo dolorosamente escondido en su intimidad. Se imaginaba que el cambio espacial mitigaría en algo sus anhelos e inquietudes. Pero no encontró sosiego ni conformidad interior ni en Francia, ni en Rusia ni en España, ni en parte alguna de su país o del extranjero. Su poesía está penetrada de ese anhelo no logrado. Y de esa tortura de lo inalcanzable se nutre precisamente su creación.

Su obra se vincula siempre a un viajar penetrado de motivaciones y resonancias íntimas. El alejamiento de los lugares en que fue feliz, el apartamiento de

aquellos en que sucedió algún acontecimiento insólito o triste, la nostalgia después del partir, su condición de permanente exiliado mayormente voluntario, los rumbos de su vida en tierras extranjeras, hasta su evolución ideológica, suponen un viaje buscado por él o requerido por su destino existencial.

Pero Vallejo no era un evadido de realidad alguna ni un fugitivo de sí mismo. Iba en la búsqueda de un territorio ideal en el cual poder lograr la plasmación total y cabal del designio poético que le palpitaba en las entrañas del subconsciente, de eso que él llama con dramático pleonasma: “mi inquietud introspectiva y personal y mía para adentro”.

El viaje fue acaso en Vallejo la búsqueda de una de las fórmulas para adentrarse en sí mismo y descubrir la esencia poética que sentía latir en lo más profundo de su ser.

Es así como su afán de viajar se confunde con la tortura interior que lo embarga inevitablemente. Su vida se desarrolla persiguiendo siempre el desplazamiento, en el inútil empeño, en la tentativa infructuosa de reacomodar su contorno, de encontrar su destino de hombre y de escritor. (*)

(*) Me ha servido en este estudio el croquis de geografía literaria de Vallejo en *Visión*, Lima, No. 4, julio 1969, elaborado por Jorge Puccinelli; así como los Epistolarios de Vallejo con Pablo Abril y Juan Larrea, varias veces citados.